explosión de cólera; los puños cerrados se levantaron amenazantes; los labios se abrieron para proferir gritos de venganza.

Seducidos por Gedeón y obedeciendo á un primer impulso, los jóvenes iban á precipitarse á la desbandada, sin dirección fija, cuando Van Berkel, que hasta entonces había permanecido en su mutismo, hizo seña de que iba á hablar.

Inmediatamente se agruparon alrededor de él.

—¿Qué ibais á hacer?—preguntó.

—Señor, correr al sitio donde ha tenido lugar el ataque y seguir una pista, perseguir á los raptores, librar á nuestros amigos y castigar á los miserables.

Van Berkel movió la cabeza.

—¡No—dijo—, no haréis esto! Sería perder un tiempo precioso. Debemos volvernos directamente adonde los Blackbaern puedan haber tenido motivos para atraer á la joven.

—Soy del parecer del caballero — notó Simpson.

El anciano burgher se dirigió á Gedeón.

—Vuestros enemigos saben según me habéis dicho, que el tesoro ha sido abandonado cerca del Sabi, no lejos de la llanura donde se libró en otro tiempo la batalla que pudo costar la vida al señor Josselín y á Zimbo.

El vizconde echó la piedra con fuerza sobre el cráneo del coloso. (Pag. 46.)

—Sí señor, pero todos sus esfuerzos para descubrir el escondrijo han salido frustrados... Para arrancar este secreto, fué para lo que robaron la primera vez á la señorita Josselín, en New-York.

—¡Y con el mismo objeto han cometido este último crimen! Vamos directamente al Sabi y allá nos encontraremos á la pobrecita y á sus raptores.

—Vuestro razonamiento es de los más exactos, pero os suplico, amigo Van Berkel, que nos demos prisa; pensad que un

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00006D1900030000